



DERROCHE SELECCIÓN

María Sonia Cristoff

CORRESPONDENCIA INCOMPLETA

Querida. Mirá cómo volvemos a encontrarnos. Por carta, si es que esto es tal cosa. Empiezo a escribirla ahora, quién sabe por qué. Para no andar a las corridas, supongo. Para no tener que escribirte bajo el yugo de un resultado médico o de un cálculo devoto de estadísticas. Para disfrutarlo. Para convocarte. Para tenerte más cerca. He decidido dejarte todo, como sabrás para cuando leas lo que sigue. En ese momento, cuando leas, cuando lo sepas, yo estaré ya muerta. Espero que sepas disculpar este principio de culebrón, pero así son las cosas más inevitables. Imponen su doxa. Espero también que sepas disculparme la decisión. Porque el todo que planeo dejarte es largo, y no apto para cualquiera.

Sé que no cambiarías tu vida por nada, o al menos sé que eso es lo que le decís a todo el mundo, incluida vos misma frente al espejo cada mañana. No voy a repetir lo que pienso acerca de lo que vos considerás tus logros, ya lo sabés. Sin embargo, dejame decirte que sé que el cansancio, ese conglomerado de humillaciones que el eufemismo de época llama *cansancio*, se apoderó de vos hace mucho tiempo. Lamento darte esta noticia. Como en una película de alienígenas, te tomó y, sin que te termines de dar cuenta, te doblgó, te impuso sus reglas, sus renunciadas. No voy a enumerarlas ahora. Entendí hace tiempo que hay cosas que no querés escuchar. Aunque me queda muy claro que puedo decirte acá cualquier cosa porque cuando leas, como te decía, ya estaré muerta. Es muy liberador, deberías probarlo. En su momento, claro. Nada de apresurarte también con eso.



Boris Grigoriev, *Troll*, 1931 ©

Tía querida, sí; tía abuela, jamás. ¿Te acordás de ese lema que habíamos acordado, y que vos repetías siempre, y que cada vez nos daba risa? ¿Y de la risa? ¿Te acordás?

No debería irme por las ramas, finalmente esto es una carta. Imaginemos la escena, la situación. Yo estaré recién muerta. Vos, entonces, después de ese pico de molestia inicial que suelen generarte las interrupciones a tus planes, habrás concedido viajar a este pueblo desquiciante del que por entonces ya casi ni te acordarás. Al llegar, sin embargo, ni percibirás ese olvido ocupada, como estarás, en seguir atendiendo problemas de tu trabajo, en organizar a la distancia la cantidad de cosas que tuviste que dejar sin resolver, los mensajes sin responder, las redes sin revisar, los tragos sin tomar, las sesiones sin concertar, los conciertos y las funciones sin confirmar. Estarás con la cabeza en todo eso mientras mi abogado te lee el testamento, te entrega la llave de la caja de seguridad que él maneja y te da esta carta sellada junto con la urna en la que esta-

rán las cenizas que para entonces yo seré. Es él quien percibe tu distracción mientras te da las instrucciones que siguen, y te lo señala. Te cae mal que se atreva a hacerte un comentario así, te parece desubicado, pero igual, precisamente a partir de eso que te dice empezás a caer en situación, empezás a estar acá, en este pueblo desquiciante. Mínimamente, pero empezás. Entre las cosas que mi abogado te repite hay una fundamental. Te lo remarca. Insiste en que, una vez en mi casa, tenés que ir hasta mi computadora, que aunque vos no lo creas tengo, habré tenido, perdón, y buscar ahí una serie de archivos encriptados. Cuatro son. Los encontrarás en una carpeta a tu nombre. Antes, tendrás que tipear una clave. Es una palabra sola. No te la voy a dejar junto con el testamento ni con ese discurso de bienvenida de mi abogado ni abajo del felpudo ni escrita con rouge en el espejo del baño ni mucho menos en esta carta. Nada de eso. Para recuperarla tendrás que depender solo de tu memoria. Pero tu memoria, implacable como es,

tendrá que salirse de los carriles acostumbrados, hacer a un lado las citas bibliográficas sofisticadas y los retruécanos brillantes y los títulos de películas y las muestras de arte imperdibles y los activismos *à la page*, hacer a un lado todo ese universo al cual tu magnífica vida la remite constantemente y enfocarse, en cambio, en la infancia, no en cualquier etapa de la infancia sino en la de los años en los que vivías acá, o en los que venías acá siendo más precisa, años de veranos largos, de horas distendidas, años sin agenda, digamos, una etapa que ni siquiera sé si mencionarás en tus sesiones de análisis porque de productiva no tuvo nada, de eficaz tampoco, de divertida seguro sí, pero calculo que hace rato habrás des-

cartado el divertirse de tu agenda, te hablo del divertirse en su sentido etimológico, no mundano, divertirse como quien se va por lugares imprevistos, variados, como quien se extravía, como quien se tienta, una etapa, decía, digo, a la que solo accederás si todavía sos capaz de quedarte un rato sola, callada, entregada. ¿Todavía está viva esa capacidad, o terminó también avasallada por tu meteórica existencia?

ARCHIVO I: GANAS

Cuánto me alegra que hayas llegado hasta acá, que me sigas leyendo. Aunque sea con esa ceja vigilante, impaciente, que te conozco bien. Hola, Lucrecia querida. ¿Te acordaste enseñada de cuál era esa palabra, nuestro código



Boris Grigoriev, *En el jardín, s/f* ©

Denuncio confabulación para convertir vidas en dedicaciones a tiempo completo. Denuncio extractivismo vital.

secreto? ¿Te acordaste de inmediato, como en realidad te acordás siempre de tus veranos acá, tan de inmediato como reconociste esquinas del pueblo, árboles de mi jardín, como si nunca te hubieses ido, tu memoria siempre conectada con este lugar y estos tiempos y yo, tu tía, diciendo cualquier cosa, haciendo suposiciones que no tienen nada que ver con lo que sos ni con lo que sentís, suponiendo una vida que no es en absoluto la tuya, hablando en definitiva como una mujer que nunca salió del pueblo, que saca conclusiones a partir de un simple silencio tuyo, un silencio que tuvo mucho de ocupación, sí, cierto, pero de ninguna de todas esas cosas que te endilgo? Es posible. Todo es tan posible como imposible en esa operación de riesgo que son los vínculos con los demás. ¿Te acordaste enseguida de la palabra, decía? ¿Y de los veranos, del calor que hacía en esas siestas soporíferas que te obligaban a dormir, de las tretas que inventábamos para liberarte sin que nadie se diera cuenta, del malhumor de tu padre porque tenía que volver a este pueblo que quería creer enterrado para siempre, de la melancolía irritantemente comprensiva de tu madre? ¿Te acordás de cómo nos escapábamos de todo eso, de ellos y sus lobregeces, del aburrido de tu hermano? ¿Te acordás del canal que un jardinero había cavado para que llegara el agua hasta la arboleda del fondo? ¿De la radio que nos contrabandeábamos para escuchar música lato-sa a la orilla de ese canal? ¿Y de los sombreros de ala ancha, y de los helados caseros? ¿Y de las cosas que llevábamos para dibujar? ¿Los crayones y las carbonillas? ¿Los rollos de papel y las hojas Canson? ¿Te acordás de los dibujos que empezabas a hacerme con birome en las piernas cuando se te terminaba el papel? Empezaban en las rodillas y seguían por

mis muslos. Siempre me llamó la atención el hecho de que, entre esos dibujos, apareciera esa palabra. Una sola. La escribías por ahí, como si fuera tu firma, tu nombre de autora. Raro, ahora que lo pienso, que eso jamás haya salido en nuestras conversaciones, ni una sola vez en todos esos años en los que supimos hablar tanto. ¿Te acordás de nuestras conversaciones largas, frondosas? [...]

TELEGRAMA DE RENUNCIA

Notifico por medio del presente que a partir del día de la fecha he decidido renunciar a mi empleo. Reitero. Renuncio. Quedo a la espera de instrucciones para percibir los haberes devengados hasta el día de la fecha, más el proporcional del sueldo anual complementario y de las vacaciones que nunca me tomé. O que tomé pero que ustedes se encargaron de anular con sadismo burocrático. Exijo. Exijo yo ahora. Que me paguen y que me expliquen. Quedo a la espera de explicaciones. No de las tuyas, no de las habituales, estoy hablando de explicaciones válidas. Absténganse de jergas. Que me compensen. Exijo que me compensen. Material y simbólicamente hablando. Aunque les resulte imposible por falta de empatía, por falta de imaginación. Denuncio confabulación para convertir vidas en dedicaciones a tiempo completo. Denuncio extractivismo vital. Denuncio cosificación, estandarización, estupidización, banalización. Y niego todas y cada una de sus acusaciones. Todas y cada una. **U**

Selección de María Sonia Cristoff, *Derroche*, Literatura Random House, CABA, 2022. Se reproduce con el permiso de la autora.